

—Eduardo—dijo con acento suplicante—no te cases... no des tu vida y tu corazón á otra mujer... no por eso te pido yo que te cases conmigo; ¡oh, no!... Aunque tú quisieras jamás consentiría yo que unieras tu nombre al mío... pero al menos permanece libre... yo seré tu esclava... te seguiré adonde quieras y nunca me separaré de tu lado!

La infeliz, al pronunciar estas palabras, se dejó caer de rodillas á los pies del coronel, mas éste se apartó de ella.

—Paulina—dijo—el hombre sólo se casa con una mujer á quien ama sobre todas las demás mujeres, y usted, que es mujer, conocerá que no cabe en el corazón más que un amor; así, pues, debe usted comprender que, desde el instante en que empecé á querer á otra, todo ha concluído entre nosotros.

—¿Me quita usted, pues, toda esperanza?

—¿Por qué había de engañarla? Daré á usted ahora cuanto dinero le haga falta, y muy pronto me olvidará usted.

—¿No me quiere ni siquiera para criada suya?

—No puede usted vivir bajo el mismo techo que mi esposa.

—Es verdad, mi presencia la mancharía—repuso la viuda del torero, levantándose con la energía de la desesperación.

Acercóse á la puerta con paso firme, y desde

allí se volvió para dirigir al coronel esta sola palabra:

—¡Adiós!

Eduardo la dejó salir sin tratar de detenerla, y después volvió al lado de sus amigos.

—El almuerzo espera á los señores—dijo un lacayo abriendo de par en par las dos hojas de la puerta.

El coronel y sus convidados pasaron al comedor, y aunque durante algunos instantes vió el coronel ante sus ojos la sombría figura de Paulina, no tardó en desaparecer para dar lugar á la radiante imagen de Blanca.

XXIX

La demanda.

A las tres de la tarde terminó el almuerzo; el príncipe de Cellémare, al salir de casa del coronel, hizo que su cochero le condujese á las hermosas arboledas del Retiro; apeóse allí, y paseó durante algún tiempo sumergido en profundas reflexiones.

Luego volvió á subir al carruaje y dijo al cochero:

—A casa del conde D...

Pocos instantes después era conducido á la habitación de Clotilde.

Era una hermosa tarde de Marzo; el aire templado y embalsamado por los perfumes de las muchas violetas que adornaban el aposento de la condesa parecía transmitir á los sentidos una dulce embriaguez.

Clotilde se hallaba en su saloncito de labor; vestía un traje de seda de color gris perla, que dejaba ver los graciosos contornos de su cuello y de una parte de su espalda por su cuadrado escote.

No tenía más adorno en la cabeza que las hermosas trenzas de sus cabellos oscuros, prendidas con largos alfileres de oro.

La habitación en que se hallaba formaba la más perfecta armonía con su seductora figura: las paredes, cubiertas de una tela de seda blanca con flores azules, como la sillería y las cortinas, la imprimían un carácter encantador de frescura; grandes maceteros de porcelana blanca, con flores azules, contenían hermosos ramilletes de violetas, reseda y geranio, y en una jaula de marfil y plata cantaba un lindo y diminuto canario.

La condesa trabajaba en una labor de tapicería: un veladorcito de marfil, colocado delante de ella, contenía una caja de concha llena de estambres y un libro.

A sus pies, y sobre la alfombra, jugaban sus hijos vestidos de blanco.

Quedóse el príncipe inmóvil á la puerta, contemplando este cuadro encantador, y fué menester que Clotilde le llamase para sacarle de su arrobamiento.

—¿En qué piensa usted, príncipe?—preguntó Clotilde sonriéndose, en tanto que los dos niños encaminaban sus vacilantes pasos hacia Cellemare, como si adivinasen que era un amigo.

—Pienso, señora, en admirar el hermoso cuadro que me ofrece usted y sus hijos—contestó el príncipe tomando á los dos niños de la mano.

Clotilde suspiró sin contestar nada y señaló un asiento á Cellemare.

—¡Comprendo lo que ese suspiro significa—continuó éste;—quiere decir: hay un hombre á quien este cuadro debía halagar más que á nadie y huye de él!

—¡Es verdad!—murmuró Clotilde con tristeza.

—Sin embargo, señora, ese hombre va sintiendo ya la falta del amor de usted, y no tardará mucho en rogarla se lo devuelva.

Clotilde guardó silencio, y el príncipe continuó:

—Esperemos á que el iluso vuelva á una realidad demasiado dulce para que procure conservarla en adelante, y hablemos de mí, condesa.

—¿De usted?—repuso Clotilde admirada.

—De mi, sí; ya conoce usted mi vida; necesito crearme una casa y una familia como usted misma me lo ha aconsejado tantas veces, y voy á casarme.

—¡Oh! ¡Qué bien hará usted, príncipe! Mientras no tenga usted una esposa, siempre estará solo en el mundo.

—Vengo, pues, á rogar á usted, condesa—continuó el príncipe—que pida para mí la mano de la mujer á quien amo: la mano de Ofelia de Valdés.

—¡Cómo! ¡Será posible! ¿Quiere usted casarse con la señorita Valdés, siendo su nacimiento inferior al de usted?

—¿Qué me importa su cuna? Hará unos dos meses que dije al esposo de usted que juraba unirme á la mujer que se pareciese á mi madre, fuese pobre ó rica, noble ó plebeya; pues bien, condesa, Ofelia es el retrato perfecto en virtudes y en belleza de mi santa madre; ¿cree usted que ella querrá concederme su mano?

—¡Ah, sí, sí por cierto! Lo creo—exclamó Clotilde con enternecimiento;—aun digo más, estoy segura de ello.

—Yo no—repuso Cellemare—yo la creo con demasiado noble orgullo para dar su mano á un hombre á quien no conoce más que bajo un aspecto poco favorable y á quien no ha visto más que una sola vez en su vida; pero únicamente le

ruego por mediación de usted que me consienta verla todos los días hasta probarle mi amor.

—Pero, príncipe—repuso Clotilde confusa—usted no sabe que para reprimir las demasías que, perdida su fama, podía acarrearles la maledicencia del marqués de la Oliva, me he visto obligada á ponerlas bajo la protección de un anciano zapatero, vecino suyo, y de su mujer. ¡Ah! ¡Cuán arrepentida estoy de no haber seguido mi primera intención trayéndolas á mi casa!

—Esas jóvenes son tan orgullosas que no hubieran consentido en abandonar la suya, aunque fuese más miserable de lo que es; en cuanto á mí, ¿qué me importa tener que ir á ver á Ofelia á la infeliz buhardilla del anciano zapatero? Ella embellece todo cuanto le rodea.

—¡Ah! ¡Cuán bueno y generoso es usted!—exclamó la condesa.—¡No puede usted menos de ser feliz! Su elección le hace justicia y se la hace también á la que le inspira ese amor tan noble, pues ambos son ustedes los seres más superiores que he conocido sobre la tierra.

La condesa, al acabar de decir estas palabras, tiró del cordón de la campanilla.

—Un sombrero y una manteleta—dijo á la doncella que se presentó.—Voy á cumplir el deseo de usted ahora mismo—añadió, dirigiéndose á Honorio;—quédese usted aquí esperando á mi marido, que no puede tardar en venir.

—Plegue á Dios, condesa, que pueda yo recompensar á usted lo que le voy á deber, haciendo algo por su felicidad.

El príncipe besó con entusiasta reconocimiento la mano de Clotilde; y ésta, viendo entrar á su doncella con las prendas que le había mandado traer, enlazó su sombrero delante del espejo, prendió su manteleta y salió, después de besar tiernamente á sus hijos.

XXX

La dicha en la tierra.

Poco después de haberse perdido en la distancia el ruido del carruaje de Clotilde paró á la puerta el de su esposo.

Como de costumbre se dirigió éste al aposento de su mujer para ver á sus hijos.

No imitaba Clotilde en la manera de cumplir con sus deberes de madre ni á la mayor parte de las damas del gran tono ni á muchas otras que pertenecen á una clase menos elevada: cada uno de sus hijos tenía para su cuidado una nodriza y una criada de edad madura; mas estas mujeres solo desempeñaban con los niños cuidados materiales, y aun éstos bajo la inmediata inspección de la condesa.

Durante el día y excepto las horas en que sus

ocupaciones y las exigencias de la sociedad á que pertenecía le impedían rodearse de sus hijos, permanecía siempre con ellos; no pudiendo negarse á recibir á ciertas gentes había creído que ellos eran la más santa, más segura y mejor compañía para una madre de veinte años.

En las dos visitas particulares que le había hecho Fernando de Silva y á las cuales no había querido negarse, calculando, y con razón, que no era este el medio mejor de demostrarle indiferencia, le había recibido en el saloncito en que ahora la hemos visto, rodeada de los niños; dos veces, durante aquellas breves conferencias, trató Fernando de hacer revivir en su alma los dulces recuerdos de lo pasado; Clotilde guardaba para sus largos ratos de soledad su lucha y sus lágrimas y respondía sólo á Fernando mostrándole á sus hijos, que jugueteaban á sus pies:

—Soy madre; no profane usted con culpables palabras el aire que respiran mis hijos.

De este modo, y sin más esfuerzos, ahogó la condesa el culpable amor de aquel hombre, convirtiendo poco á poco en una estimación respetuosa y sincera los conatos de una pasión fatal.

El conde había podido persuadirse de esta verdad que tan consoladora debía ser para su alma herida por los celos de un orgullo exaltado y cruel; por más que él hubiera dicho á Clotilde, en el acceso de su dolor, que la abandonaba á

si propia y que todas sus acciones le eran indiferentes, mentíase á sí mismo, pues desde luego siguió con ávidos ojos todas las acciones de su mujer.

La conducta de Clotilde, llena de una dignidad tranquila y reposada, le irritó dolorosamente en un principio, porque su valor demostraba el exceso de su dureza y la injusticia con que la había tratado; mas poco á poco la benéfica influencia de su virtud fué desterrando del alma del obcecado esposo las acras emociones de los celos y las amarguras de un imaginado desengaño.

Aun guardaba una esperanza baja y vengativa, la de enamorarse de otra mujer y resistir así el encanto de Clotilde; mas en vano buscó entre las damas del gran tono alguna que con sus gracias le hiciera olvidar su invencible amor; la imagen de su esposa, presente sin cesar á sus ojos, hacía palidecer con desventaja á todas las demás imágenes, por bellas que fuesen.

Creyó más tarde hallar en otra clase y en emociones más groseras el infeliz desencanto que con tanta ansia buscaba; pero bien pronto se hastió, convenciéndose de que buscaba un imposible.

Blanca de Valdés fué la última víctima de su exasperación; en su tenacidad por encontrar lo que Dios, por su infinita bondad, rehusaba darle,

se ha visto con cuán atrevida dureza la trató; quizá aquella niña era la sola criatura capaz en el mundo de hacerle olvidar á Clotilde; la virginidad y frescura de sus sensaciones hubieran sido para el conde un encanto poderoso y quizá irresistible; mas al ver lo que sufría, se rebelaron sus nobles sentimientos y la compadeció profundamente.

Esta fué su última tentativa para buscar otro amor, y desengañado al fin de que no podía encontrarle, su corazón se volvió hacia su esposa y hacia la vida doméstica.

Avergonzado del lance ocurrido con Blanca, no creyó rebajarse dando una satisfacción de él al coronel, que se había manifestado tan decidido protector de la joven; vióle triste y preocupado y comprendió que la amaba.

Sin embargo, su orgullo no le había permitido aún mostrarse de nuevo afectuoso con su mujer; todas las tardes, al entrar en la habitación de Clotilde para buscar á sus hijos, dirigía á ésta algunas palabras corteses y frías, y luego se entregaba enteramente á sus juegos y á sus caricias.

Al entrar, en la tarde de que nos venimos ocupando, su primera mirada fué para buscar á Clotilde; luego vió al príncipe y se sonrió.

Los dos niños se asieron á su levita, gritando á un tiempo con su jerga infantil:

—¡Papá, papá! ¡No está mamá!... ¡Se ha ido!
—¿Dónde anda Clotilde?—preguntó el conde, poniendo á los niños sobre sus rodillas.

—Ha salido—contestó el príncipe.—Ha salido á ruegos míos, pero va á volver.

—¿Le ha encargado usted alguna compra?... Pero, querido, ¿qué es lo que tiene usted? ¡Me parece que está usted muy agitado!...

—Amigo mío—exclamó Honorio—Clotilde está decidiendo en este instante de mi suertel

—¡Clotilde! ¿Qué quiere usted decir?

—¡Ya lo sabrá usted cuando vuelva! Por ahora, permítame callar en cuanto á lo que me concierne y que le pregunte por qué desperdicia usted esta dicha doméstica que tan escasa es en la tierra y que con tanto afán busco yo.

—Yo no la huyo, Honorio—contestó el conde algo confuso.—No, no la huyo; ¡es ella, ella la indiferente á mí y á mi cariño!

—Augusto, lo que dice usted es tan frío y tan egoísta que no puedo creer salga de su corazón por más que lo pronuncien sus labios; razonemos, en tanto que vuelve Clotilde, y ¡ojalá al traerme ella mi dicha pueda yo darle la seguridad de la suya!

—No comprendo á usted, amigo mío.

—¿Piensa usted, Augusto, que el corazón de la mujer es invulnerable? ¿Cree usted que Clotilde, después de los insultos con que la ator-

mentó y que sufrió con tanta paciencia y sumisión, ha de pedir á usted aún perdón?

—No pretendo que se me humille; ¿pero no puede comprender que me humillo yo al entrar en su habitación?

—¿Por qué ha de comprender eso? ¿No tiene su conciencia pura? ¿Qué honor le dispensa usted entrando en su cuarto? Yo creo más bien que ella se le dispensa á usted al recibirle.

—Severo está usted—repuso el conde pensativo.—¿Pero no puede comprender, cuando abrazo á sus hijos, que creo en su virtud? ¿No le dije en medio de mi desesperación que renegaba de ellos? ¿Y no es confesarme tácitamente arrepentido al venir á buscarlos? ¡Oh! ¡Si la viera usted helada, silenciosa é impasible, sin levantar los ojos de su labor ó de su libro mientras permanezco aquí!...

—¿Contesta á usted con dureza cuando usted le habla?

—No. ¿Acaso conoce ella la dureza?

—Entonces, ¿de qué se queja usted, conde? Una mujer buena necesita algo más que demostraciones mudas de que se la estima; una mujer ofendida necesita pruebas de arrepentimiento; vió usted á Clotilde suplicando mientras creyó que su amor podía convencer á usted; pero le anunció usted que iba á emprender una vida azarosa y desenfrenada, y ha cumplido usted su

promesa; ha tenido noticia de sus escandalosas aventuras, de sus noches de orgía. Al saber que iba á ver á las señoritas Valdés le dijo usted que amaba con ceguedad á la más joven, y ella debía hacer lo que ha hecho, aparecer á los ojos de usted indiferente y digna, con toda la severidad compatible con su dulce carácter; después ha ido todos los días á ver á esas jóvenes y habrá sabido los insultos de usted á la pobre Blanca... Augusto, créame usted, mucho tiene usted que hacer para que su esposa le perdone.

—¿Dice usted que va todos los días á ver á esas jóvenes?

—De su casa viene ahora—dijo el príncipe, haciendo notar al esposo de Clotilde el rumor de un carruaje que se acercaba.

Augusto alzó los ojos hacia su amigo y se sobresaltó al advertir la alteración de sus facciones; habíase levantado Cellemare y se apoyaba con la mano trémula en el respaldo de su sillón.

—¡Sosiéguese usted, por Dios!—exclamó el conde.—¿Qué nueva es esa que debe traer á usted Clotilde?

El príncipe pronunció algunas palabras ininteligibles y ahogadas por el exceso de su emoción, al mismo tiempo que Clotilde abrió de golpe la puerta.

—¡Albricias, albricias!—gritó desde el umbral y tendiendo sus dos manos al príncipe.—Ofelia es de usted.

El príncipe dió un grito de gozo; asió aquellas manos que le enviaban la ventura y las besó transportado, dejándose caer después en un sillón, mientras que Clotilde, pareciendo reparar por vez primera en su esposo, le saludaba con amable indiferencia.

XXXI

Las peticiones.

Permitidme, mis queridos lectores, que os refiera lo ocurrido en casa de las señoritas Valdés durante la visita de la condesa.

Al entrar ésta en la mísera buhardilla del señor Martín, ocupada por las jóvenes, un cuadro muy extraño se ofreció á sus ojos.

En un lado se hallaba sentada Ofelia, teniendo en la falda una carta abierta; á sus pies y sentada en un taburetillo de enecas estaba Blanca con las manos entre las de su hermana, á quien miraba con ternura, en tanto que ella le hablaba en voz baja.

Algo mas lejos se veía á María, teniendo en sus brazos á la niña Septimia, la cual saltaba

alegremente, recobrada ya, sonrosada y ostentando esa encantadora robustez de los niños.

En frente de este grupo, sentado y pálido aún y enflaquecido se hallaba Fernando de Silva, contemplando embelesado á María, que se parecía á la *Virgen de la Silla*.

Malvina cosía en la cocina.

Al ver entrar á la condesa, levantóse Fernando y saludó á las jóvenes.

—¿Ya se va usted, señor Silva?—preguntó cándidamente Ofelia.

—Sí, señorita—contestó Fernando;—bien sabe usted que esta es la tercera vez que salgo de mi casa después de mi enfermedad y me siento en extremo fatigado.

—Permitame usted, pues, antes de retirarse, que le presente á la señora condesa de D... nuestra bienhechora—añadió la joven, que se había levantado para saludar á Clotilde, señalando á ésta con encantadora dignidad.

—Conozco á la condesa—contestó Silva inclinándose con respeto, y luego añadió:—señora, vea usted si puede lograr de su esposo que la acompañe aquí dentro de tres meses, á contar desde hoy.

Silva, después de pronunciar estas palabras, saludó á las jóvenes, abrazó á su hija, inclinóse delante de la condesa y desapareció.

—Este pobre padre—dijo Ofelia—ha venido,

no bien le ha sido posible, en busca de su hija.

—Nada podía hacer mejor para manifestar á ustedes su gratitud por la generosidad que han usado con esta desgraciada criatura—contestó la condesa;—cuando me la refirieron ustedes quedé yo misma absorta de tanta nobleza y abnegación.

—¡Ah, señora! Tenemos una buena noticia que dar á usted—dijo Ofelia, mostrando á Clotilde la carta que tenía en la mano;—vea usted lo que me escriben.

Clotilde tomó la carta y leyó lo que sigue:

«El coronel Eduardo Vélez saluda á la señorita Ofelia de Valdés, y tiene el honor de pedirle la mano de su hermana la señorita Blanca, y al mismo tiempo permiso para pasar á ofrecerles sus respetos.»

—¡Oh, Dios justo!—exclamó la condesa alzando al cielo sus ojos, en los que brillaba un júbilo sublime.—¡Oh, Dios mío, tú eres siempre el protector de la inocencia!

En seguida se acercó á Blanca, que ocultaba su semblante en el hombro de María, tomó sus manos y murmuró en voz baja y tiernísima:

—¡Hija mía, no rehuse usted ser feliz!

—Señora—contestó Blanca alzando su encantadora cabeza y mostrando sus mejillas cubiertas de carmín—ese hombre es el que me sacó de aquella casa infame... librándome...

Calló confusa y palideciendo ante aquel horrible recuerdo.

—Librando á usted de las persecuciones de mi marido; sí, sí, lo sé, pobre niña, y esto basta para que le ame usted. Conteste usted, Ofelia— prosiguió volviéndose á la joven.

Esta se acercó á la mesita y se puso á escribir, en tanto que María abrazaba á Blanca, que había vuelto á su bordado.

Encantador era el aspecto que presentaba aquella habitación tan pobre; las cuatro mujeres reunidas en ella se asemejaban á cuatro ángeles por su juventud, su hermosura y la belleza de sus almas.

Los últimos rayos del sol de aquella hermosa tarde de Marzo acariciaban el jardinillo plantado en el tejado por el señor Martín y cuidado con tanto esmero por la señora Antonia.

Las hierbas de olor se habían vestido de copudas hojas, y en algunas de sus apiñadas ramas brillaba como un diamante una gota de agua, caída del pico de un pajarillo encerrado en una jaula de cañas que había en la ventana.

Todo parecía allí risueño, alegre, vivificante; todo tenía un perfume de poesía y de dulzura imposible de describir.

El gran lecho con el cobertor de indiana; las blancas sábanas y las nevadas almohadas; la mesita con su tapete de tela de flores, con franja

blanca; el magnífico crucifijo de yeso; las limpias sillas de pino, todo, en fin, tenía una belleza particular y santa.

Ofelia terminó su carta, y dijo levantándose:

—Mira, Blanca, lo que he contestado al coronel, y dime si estás conforme: véalo usted también, señora, y dígame si lo aprueba.

Blanca tomó la carta y la dió á la condesa antes de verla; ésta leyó en voz alta:

«Señor coronel: Ante todo déjeme usted que le dé gracias con la efusión de mi alma por el honor que dispensa usted á mi hermana y que, á pesar de las calumnias con que se ha querido empañar nuestra reputación, le juro que merece.

»Ahora debo decirle que Blanca guarda de usted un tierno y agradecido recuerdo: mas no debe bastar á usted esto como garantía de su felicidad futura, pues que mi hermana no ha conocido ningún hombre con quien pueda comparar á usted.

»Venga, pues, á que le ame: venga si no le espanta una pobre buhardilla á ver cómo trabaja mi hermana para ganar honradamente su sustento; y cuando esté usted convencido de su amor y la inspire un sentimiento profundo y durable será de usted su mano.

»Hoy puede usted disponer de toda su consideración y gratitud, así como de la de su hermana—OFELIA.»

—Sólo usted podía escribir esta carta tan noble, amiga mía—dijo la condesa abrazando á la joven;—démela usted, que yo la haré llegar á su destino; y ahora deje usted que le explique el objeto de mi venida.

Ofelia, el príncipe de Cellemare me ha encargado que pida á usted en su nombre su mano.

Palideció Ofelia: más de una vez había visto entre sueños la noble, grave y dulce figura del príncipe.

—¿No me responde usted?—dijo sorprendida la condesa.

—Señora—repuso la joven dominando su sorpresa y sin manifestar alegría ó admiración—señora, repítale usted lo que acabo de escribir al coronel: que necesito tiempo para amarle; pero, como el príncipe entró en nuestra casa haciéndonos una ofensa, ruego á usted que le diga algo más: dígame usted que nos hemos puesto voluntariamente bajo la tutela del anciano zapatero del portal, y que sólo en su presencia ó en la de su honrada esposa podrá verme.

—Ofelia, eso ya es demasiado orgullo—dijo tristemente la condesa;—no sabe usted lo que vale el príncipe.

—Por lo mismo que vale mucho debo yo elevarme hasta su altura, señora; mi resolución es irrevocable.

La condesa salió sin esperar más; cuando lle-

gó á su casa, y después de dar al príncipe las primeras seguridades de su dicha, añadió:

—Esta tarde escribiré á usted detalladamente cuanto ha ocurrido y desde esta noche puede usted verla.

Trastornáronse las facciones del conde: ¡su esposa tenía secretos para él! Esta penosa idea iba unida al temor de perder su cariño, y le destrozaba el corazón.

Los periódicos del día siguiente dieron á luz estas líneas:

«Anoche uno de los guardas del canal se encontró el cadáver de una mujer joven y bien parecida.

»La infeliz quiso suicidarse y quedó asida á unos arbustos de la orilla por el traje; pero la sacaron privada de la existencia.

»Estaba pobremente vestida de negro y en su ropa blanca interior se ha encontrado marcado con todas sus letras el nombre de PAULINA.»

XXXII

Felicidad.

Tres meses pasan muy pronto para el que ve la esperanza de un porvenir risueño ó para los que viven en el seno de la dicha.